

Tres poemas

Carlos Pineda

EL SILENCIO FUERA DE SU CAUCE

Ocasiones hay en las que el silencio abandona su cauce e inunda los dominios del sonido. Ocasiones son, que por ser asunto cotidiano, no percibimos ya el escándalo de su maquinaria al pasar delante nuestro, y le suponemos inmutable aleación de ausencia y olvido.

Así la creencia nuestra, mas quede constancia en actas y hágase público, cómo es que el silencio es nervio hermafrodita; de ahí que a veces el oído se confunda y escuche algo nunca dicho, o que no escuche el grito de dolor que profiere la piel al ser abandonada por la caricia.

Tabernero de llanto, aguamala, aguafuerte, aguardiente y cicuta. Museta de poetas, a quienes para placer de los amigos que gustan de la burla, les aconseja ripios y cacofonías.

Ahora que acaso y no tenga color, sabor o textura, pero sí el calor oliváceo del tono menor, que con el vientre inflamado mira con desdén al pentagrama de al lado que carece de estilo y armadura.

Acaso y así sea, y por eso tenga cuerpo reptilíneo; de ahí la forma de nuestra oreja: retorcida, hecha como a mano, en canales, para que el silencio espere, repose, medite, duerma...

(Aquello del caracol que habita oído adentro, es asunto para otro día).

NO ES QUIMERA, EL RUIDO

No es quimera, el ruido, ni el run run que alimentamos entre los labios cuando dormimos. No el compinche de la estridencia, que anda por el mundo con el hígado desmayado, dejando por todos lados muestras de su amor publívoro. No es –aunque quisiera– la corista fea del trío.

Es música boleana, tan parecida desde lejos a ese aire muerto que deja tras de sí el grito. Así el ruido, que en el nombre lleva la prisa: efímera goyesca sin filia, que con su música de lupanar onettista hace desatinar a potestades, serafines y tronos en la hora justa de la misa.

También Argonauta, el ruido, que rió junto a Ulises ante el canto que tiempo atrás fue suyo, mientras contemplaban el hartazgo de lontananza y el sexo húmedo del vacío.

No es que Ruido quiera ser lo que ha sido, es que no le gusta esta humanidad de veleidades estilísticas; es que prefiere a la fábrica abandonada y a las locas que desde los puentes se suicidan.

Por eso se refugia en la mirada líquida de los sordos, que hablan cuando miran, y que escuchan, en secreto, todo el ruido exiliado de la vida.

PALO DE AHORCADO

Músicas hay de duende que tienen raptada a la melodía, de fantasmales algoritmos rítmicos que idiotizan.

Músicas que son de cerrojo, cerradura y cónclave ojo para el oidor que reposa en el loto humedecido del lagrimal. Músicas que tararean tarará, mientras aplastan a la cigarra y la fábula queda a la mitad de la cima (y sin rima).

Pero ha de morir duende con todo y su versi versar sobre la pira, entre la quinta y la primera línea, ahorcado por el tono de inicio y la doble barra final.

El incrédulo bien mira de cerca la clave de sol ahora oscurecida: palo de ahorcado, rastro adelantado del ademán que dibujará al agonizar.

Apaguemos el televisor... escuchemos su agonía: •

Del libro inédito *Conversa la prosa*

CARLOS PINEDA es poeta, ensayista y editor. Autor de *Imajo* (UAM, 1997) y *Escenas en el prosenio* (UNAM, 2000).